

¿SOLEDAD?

*María Teresa Doring de Hernández*

Mi rostro demacrado es fiel testigo de lágrimas vertidas una y mil veces. La tristeza hiere mi piel, mis músculos y entrañas. Ahora sé que la pérdida emocional es más dolorosa y traumática que las heridas físicas. Camino sin rumbo, trato de reunir fuerza suficiente para dirigirme a algún sitio.

A esta hora de la noche, la calle está desolada, alguna pareja pasa a mi lado sin mirarme. La "pareja", ¿qué significado tiene esta palabra? Tal vez para otros quiera decir mucho. Para mí es un engaño, una falacia. No existe.

Es este andar y andar, caminar sin rumbo, lo que me impide tomar una decisión. El dolor es cada vez más intenso y sin embargo más frío. Como si me quemara y la herida perdiera calor a medida que mi cuerpo, todo mi ser, se acostumbrara a ella, sin que por esto pueda decirse que desaparezca. Simplemente pasa a formar parte integral de mí. En este momento el dolor y yo somos exactamente lo mismo.

He caminado mucho, me siento cansada, este cansancio me hace percatar de que solamente hay un sitio adonde ir: la casa de mis padres. De sólo pensarlo, tiemblo. . . Nuevamente las preguntas, acechos, incriminaciones, amenazas. . . Continuar con mentiras y ocultamientos. Intentar ahora pasar inadvertida, no ser vista, no ser notada, no ser, no ser, no ser. . .

Empiezo a acostumbrarme, sin saber cómo, a vivir con este dolor. Descubro la soledad en su forma de abandono más absoluto, como lo que nunca fue. Mi primer pensamiento, cuando soy capaz de organizar uno, es terminar con mi dolor de una manera drástica. No puedo enfrentarme a mí misma como la persona que se ha prestado a tal burla, a la que no le queda nada por defender. También acuden a mí todos los reproches moralistas a los que me he hecho acreedora.

A partir de este momento debo adoptar una conducta tal, que no deje dudas sobre la honestidad de mi persona. Pero lo más importante, que me permita estar al resguardo de situaciones similares. Es imposible confiar en alguien. Hermanos, amigos, amigas, no, no existen. Siento un temor intenso de sufrir nuevamente pérdidas como la recientemente experimentada.

Tengo 15 años y me he convertido ya en una miedosa, desconfiada e incapaz de actuar espontáneamente. ¡Cuánto dolor inútil, qué desperdicio de emotividad, qué ignorancia! Mis pensamientos vuelven constantemente a la recreación de mi pena y a la incompreensión de la maldad.

Relacionarse con un hombre decente, "de buena familia", como la mía, naturalmente. Alguien merecedor de la aprobación de mis padres y la sociedad, a través de ellos. El, por supuesto desearía amarme, respetarme y finalmente. . . hacerme su esposa. La "señora de. . ." ¡Qué lindo sonido!

La iglesia, un albo vestido blanco, el velo, flores, muchas flores, sin faltar violines y un coro de niños. La gran fiesta, en el gran día; ¡la mejor fiesta en el más importante día de mi vida!

Yo sería la mujer ideal, esposa ejemplar y madre excepcional. Daría a mis hijos la mejor educación y seríamos tan, tan felices. . .

Mi tragedia personal disminuye poco a poco sus dimensiones. Los cuidados que he tomado hasta ahora en mis relaciones son más un estorbo para mi desenvolvimiento, que una protección. Sin embargo, hay algo para lo que aún soy inflexible, mi no-relación con hombres.

Descubro, al hablar con mis compañeras de la Universidad que inicialmente tomaron mi exagerada reserva como engreimiento, que mi tragedia no es en absoluto original. ¿Por qué, si en cierto sentido somos tan diferentes, existen circunstancias que nos hacen tan semejantes? Intercambiando —socializando, diría ahora— me di cuenta de que habíamos sido todas adoctrinadas con el mismo tipo de creencias, mentiras, trampas. Todas pensamos en algún momento que nuestro futuro era sólo uno e incuestionable: el matrimonio; la relación perfecta, la que cumple con todos los requisitos establecidos por nuestra sociedad. La realidad ahora aparecía ante mí como un hecho claramente social, colectivo, con un sentido de innegable carácter político. Se trata de hacernos dependientes emocional, afectiva y económicamente, de la relación que seamos capaces de establecer con un hombre.

Un hombre mucho mayor que yo, recién divorciado, padre de tres hijos, inteligente y con gran atractivo, sabedor del poder ejercido sobre los demás, fundamentado en su privilegiada situación económica. ¡Exactamente lo contrario al tipo de muchacho con quien había planeado relacionarme!





Son tales mi deseos de creer, de encontrar, que veo en él al hombre de mis sueños. Desde el primer momento quedé enamorada. El, sencillamente supo aprovechar la situación. Me tomó. Así de simple. . . Mentiras a mis padres, salidas a escondidas, faltas escolares, ¡todo!, para poder encontrarme con él secretamente y vivir un momento de amor.

En cambio, él recibe todo el tiempo y entusiasmo que puedo ofrecer. Naturalmente no es posible hablar de compromiso alguno. Habla siempre de nuestro amor como de un amor libre, sin ataduras. Amarnos sin pedir, sin exigencias. Dar, simplemente darnos, ¿darme?

Padres, hermanos, amigos, nada ni nadie existe. El, solamente él, nuestro amor. Cada día me entrego libremente, sin reproches, miedo o remordimiento.

Meses después la situación en casa es más intolerable. Imposible ya justificar mis salidas y faltas a la escuela. Mi madre sospecha pero no sabe enfrentarse a mí, manifestar sus inquietudes o tratar de entablar un diálogo.

Mi amor me lleva poco a poco a un alejamiento de los demás. Solamente él existe. Nadie puede comprender mi actitud: ¿en quién confiar? El, tan firme en sus posturas, tan seguro de sí mismo. Hombre importante de negocios, en plena búsqueda y reafirmación de su individualidad.

Una de tantas tardes estoy en su departamento; no se hablará de problemas. Alguien toca el timbre; ¿quién vendrá a importunarnos? Es una mujer, no me cabe duda, apenas puedo verla pero escucho claramente su voz. Intenta atravesar el umbral. El la detiene. Retrocede.

— ¡Sal por la puerta trasera!—, ordena.

Aterrada, desolada, incrédula, obedecí. No pude argumentar, enfrentar, defender la posición que creía tener. ¿La tuve alguna vez?

Al salir a la calle todo me parecía cruel. Mi rostro demacrado es fiel testigo de lágrimas vertidas una y mil veces. . .